

JOHN STUART MILL: “Utilitarismo”

La doctrina que acepta como fundamento de la moral a la utilidad o principio de la máxima felicidad, sostiene que las acciones son correctas en proporción a su tendencia a promover la felicidad, e incorrectas si tienden a producir lo contrario a la felicidad. Por felicidad se entiende el placer y la ausencia de dolor; por infelicidad al dolor y la privación del placer “ (J. S.Mill, Utilitarismo)”

1.-INTRODUCCIÓN AL UTILITARISMO	2
1.1. CARACTERES DEL UTILITARISMO.....	3
2.-JEREMY BENTHAM (1748-1832).....	5
2.1. LINEAS GENERALES DEL PENSAMIENTO DE BENTHAM	6
3.-JOHN STUART MILL (1806-1873)	9
3.1.-OBRAS y PENSAMIENTO EN MILL.....	11
3.2.-UTILITARISMO Y DIGNIDAD HUMANA.	14
3.3.- UTILITARISMO DEL ACTO Y EL DE LA NORMA	18
4. -LA VIRTUD COMO PERFECCIONAMIENTO DEL INDIVIDUO.....	21
Por Lourdes Gordillo Álvarez-Valdés.....	21
4.1.-EL DESCUBRIMIENTO MILLIANO DE LA VIRTUD.....	23
4.2.-CONDICIONES DE ADQUISICIÓN DE LA VIRTUD	24
4.3.- CONSECUENCIAS SOCIALES DE LA VIRTUD.....	26
5.-DIFERENCIAS MILL-BENTHAM	28
6.-MILL Y KANT.....	30
7.-CRITICAS AL UTILITARISMO.....	33
BIBLIOGRAFIA.....	36

1.-INTRODUCCIÓN AL UTILITARISMO

El utilitarismo es una forma moderna de la teoría ética hedonista que enseña que la finalidad de la conducta humana es la felicidad, y que en consecuencia la norma discriminatoria que diferencia entre el comportamiento bueno y malo es el placer y el dolor. En palabras de uno de sus más distinguidos defensores, John Stuart Mill:

“La doctrina que acepta como fundamento de la moral a la utilidad o principio de la máxima felicidad, sostiene que las acciones son correctas en proporción a su tendencia a promover la felicidad, e incorrectas si tienden a producir lo contrario a la felicidad. Por felicidad se entiende el placer y la ausencia de dolor; por infelicidad al dolor y la privación del placer “. (Utilitarismo).

Constituye un lugar común el que se ligue la doctrina moral utilitarista a los conceptos “felicidad” y “placer”. De esta forma los términos griegos eudaimonía y hedoné conducen fácilmente a pensar que la doctrina utilitarista se remonta a los griegos de la antigüedad. Otra cuestión es que sin mayor trámite se ligan al utilitarismo una pléyade de autores posteriores a cuáles más diferentes. Así pues, resultan utilitaristas: Platón, Aristóteles, Epicuro, los cirenaicos, San Agustín, San Buenaventura, Gassendi, Valla, Holbach, Spinoza, Hobbes, y hasta Wolf y Kant.

No se puede negar que en la historia de la filosofía es posible encontrar, en el pasado más remoto y en los autores más inverosímiles, alguna insinuación o semilla casi en relación con cualquier tema. Si a lo anterior agregamos un particular uso y aplicación de la hermenéutica entonces los hallazgos se tornan interminables. Aquí nos apegamos al sabio consejo de José Ferrater Mora quien observa que resulta más conveniente: *...reservar el nombre de “utilitarismo” para un cierto grupo de teorías filosóficas y éticas surgidas en la época moderna. En particular es recomendable restringir la aplicación del término “utilitarismo” a la corriente que apareció en Inglaterra a fines del siglo XVIII y se desarrolló durante el siglo XX...*

Esta ubicación permite reconocer a Jeremy Bentham, James Mill y John Stuart Mill como los pioneros de esta doctrina moral propia de la modernidad. Su antecesor más inmediato y directo, parece haber sido Helvetius.

El utilitarismo es una ética teleológica, es decir, una ética que considera que la finalidad de la acción humana -y específicamente la felicidad que se consigue a través de las acciones humanas- está vinculada a la realización de acciones útiles. De una manera un poco simplificadora, podríamos definir el utilitarismo como la ética que afirma que es bueno lo que nos es útil para ser felices. En este sentido es una variante del consecuencialismo. Debemos medir nuestros actos por las consecuencias (útiles o inútiles) en vistas a la felicidad que provocan en nosotros y, sobre todo, en la sociedad. Históricamente, el utilitarismo ha sido una filosofía con importantes implicaciones políticas: inspiró el Estado del Bienestar, que se impuso a los Estados Unidos en la década de 1930 y en Europa Occidental después de 1945. También representó, a menudo sin confesarlo explícitamente, un ingrediente importante en las diversas ideologías socialdemócratas en el siglo pasado.

En su libro *Introducción a los principios de la moral y de la legislación*, Jeremy Bentham, define así la ética: *“La ética, en general, puede ser definida como el arte de dirigir las acciones de los hombres en la producción de la mayor cantidad posible de felicidad para la parte de aquellos, cuyos intereses están a la vista” [es decir, para los miembros de la sociedad que tienen intereses]* En otras palabras, la ética utilitarista es una ética pública, dirigida a la felicidad a través de la utilidad. Debemos hacernos felices como sujetos, haciendo lo que sea útil y no guiándonos por consideraciones ajenas.

1.1. CARACTERES DEL UTILITARISMO

Cinco principios fundamentales son comunes a todas las versiones del utilitarismo:

- **Principio de utilidad o de bienestar:** (the greatest happiness principle en inglés) El utilitarismo promueve que las instituciones, sean del tipo que sean deben promover la máxima felicidad o bienestar, para el máximo número de individuos. Se dice que el objetivo en toda acción moral se constituye por el bienestar físico, moral e intelectual.

- **Consecuencialismo** – Las consecuencias de una acción son la única base permanente para juzgar la moralidad de de esta acción. El utilitarismo no se interesa de esta forma por los agentes morales. En las acciones morales, las calidades morales del agente no interfieren en el “cálculo” de la moralidad de de una acción, siendo entonces indiferente si el agente es generoso, interesado o sádico Así, para el utilitarismo, dentro de circunstancias diferentes un mismo acto puede ser moral o inmoral, dependiendo si sus consecuencias son buenas o malas.
- **Principio de la agregación**– Lo que es llevado en cuenta en el cálculo es el saldo líquido (de bienestar) de todos los individuos afectados por la acción, independientemente de la distribución de este saldo. Lo que cuenta es la cantidad global de solaz producida, cualquiera que sea el reparto de esta cantidad. Siendo así, es considerado válido sacrificar una minoría, cuyo solaz será disminuido, a fin de aumentar el bienestar general. Esta posibilidad de sacrificio se basa en la idea de compensación: la desgracia de unos es compensada por el bienestar de los otros. Si el saldo de compensación sea positivo, la acción es juzgada moralmente buena. El aspecto dicho sacrificial es uno de los más criticados por los adversarios del utilitarismo.
- **Principio de optimización** - El utilitarismo exige la maximización del bienestar general, lo que no se presenta como algo facultativo, pero sí como un deber.
- **Imparcialidad y universalismo** - Los placeres y sufrimientos son considerados de la misma importancia, cualesquiera que sean los individuos afectados. El bienestar de cada uno tiene el mismo peso dentro del cálculo del bienestar general. Este principio es compatible con la posibilidad de sacrificio. A principio, todos tienen el mismo peso, y no se privilegia o se perjudica nadie – la felicidad de un rey o de un ciudadano común son llevadas en cuenta de la misma manera. El aspecto universalista consiste en una atribución de valores del bienestar que es independiente de las culturas o de las peculiaridades

regionales. Como el universalismo de Kant, el utilitarismo pretende definir una moral que valga universalmente

2.-JEREMY BENTHAM (1748-1832)

Pensador inglés, padre del utilitarismo. Niño precoz de una familia acomodada, estudió en la Universidad de Oxford y empezó a ejercer como abogado a los 19 años. Pero enseguida se mostró crítico con la educación de su época y con la práctica jurídica, dedicándose por completo a tareas intelectuales.

Sus trabajos iniciales atacando el sistema legal y judicial inglés le llevaron a la formulación de la doctrina utilitarista, plasmada en su obra principal: *Introducción a los principios de moral y legislación* (1789). En ella preconizaba que todo acto humano, norma o institución, deben ser juzgados según la utilidad que tienen, esto es, según el placer o el sufrimiento que producen en las personas. A partir de esa simplificación de un criterio tan antiguo como el mundo, proponía formalizar el análisis de las cuestiones políticas, sociales y económicas, sobre la base de medir la utilidad de cada acción o decisión. Así se fundamentaría una nueva ética, basada en el goce de la vida y no en el sacrificio ni el sufrimiento.

El objetivo último de lograr «la mayor felicidad para el mayor número» le acercó a corrientes políticas progresistas y democráticas: la Francia republicana surgida de la Revolución le honró con el título de «ciudadano honorario» (1792), si bien Bentham discrepaba profundamente del racionalismo de Rousseau y consideraba absurdo el planteamiento iusnaturalista subyacente a la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789. También dedicó su atención al tema de la reforma penitenciaria, elaborando por encargo de Jorge III un modelo de cárcel (el Panopticon) por el que ambos entraron en conflicto

Desde 1814 convirtió su casa en centro de intercambio intelectual y foco de un activo movimiento utilitarista. Entre sus amigos y seguidores más cercanos se encontraba James Mill, el cual quiso hacer de su hijo, John Stuart Mill, el heredero de Bentham al frente del movimiento. Ambos fueron editores de importantes obras de Bentham, quien tenía la costumbre de escribir mucho, pero dejando la mayor parte de los textos inacabados para que los completaran sus editores.

El utilitarismo ejerció su influencia sobre toda una generación de políticos británicos, representada por Peel; también puede señalarse la incidencia que tendría, a la larga, sobre las doctrinas subjetivas del valor que se impusieron en la teoría económica occidental a partir de la «revolución marginalista» (Walras, Pareto, etc.). Bentham fundó el University College de Londres, donde, por expreso deseo suyo, está expuesto al público su esqueleto

2.1. LINEAS GENERALES DEL PENSAMIENTO DE BENTHAM

¿Existe un principio que nos permita juzgar cuál es el propósito de la ley, del código penal y de las instituciones políticas? ¿De acuerdo a ese parámetro las instituciones tal como están son lo que deberían ser?

Para Bentham este principio no es otro que el de utilidad

Bentham *define la utilidad* en el «Prefacio» de su Fragmento sobre el gobierno:

"La utilidad de una tendencia, de una acción o de un objeto es definida como la propiedad de producir felicidad, de una u otra forma, o de evitar el dolor, sea el que sea, para la parte interesada, es decir, para el individuo o para una comunidad de individuos"

Y la felicidad es: *"Un nombre empleado para designar la suma de placeres experimentados durante la cantidad de tiempo que se considere, una vez deducida la cantidad de pena o dolor experimentada durante la misma cantidad de tiempo".*

En consecuencia *" por principio de utilidad se significa aquel principio que aprueba o desaprueba una acción, sea la que sea, según las tendencias que ella parezca tener de aumentar o disminuir la felicidad de la parte que tiene interés; o lo que viene a ser lo mismo, de promover la felicidad o de convertirse en un obstáculo. Digo, de toda acción no solo particular sino también de toda medida del gobierno".*

Sea cual haya sido el itinerario interior seguido por Bentham para formular el principio fundamental utilitarista, están claras dos cosas: 1) Él no inventó el principio; 2) Lo que sí hizo fue interpretar el principio no vacilando en aplicarlo al

análisis de la moral y la legislación, convirtiéndolo en el pivote central de sus reflexiones.

Dejemos en claro que para Bentham el principio de la utilidad significaba el grado en el que las leyes y las instituciones jurídicas y políticas promovían la mayor felicidad posible para el mayor número posible de ciudadanos.

La piedra angular del pensamiento de Bentham es el denominado hedonismo psicológico: Los seres humanos se orientan al actuar por la evitación del dolor y el acercamiento a lo placentero y agradable. Al formular el hedonismo psicológico, como móvil fundamental de la acción, lo expuso así: *"La naturaleza ha colocado a la humanidad bajo el gobierno de dos señores soberanos, el dolor y el placer... Ambos nos gobiernan en todo lo que hacemos, en todo lo que decimos: cualquier esfuerzo que hagamos para librarnos de nuestra sujeción a ellos, no hará sino demostrarla y confirmarla. De palabra, el hombre puede pretender que abjura de su imperio; en realidad, permanecerá siempre sujeto a él.*

Esto significa que los actos llevados a cabo por los seres humanos están dominados por el interés de evitar el dolor y buscar lo agradable y placentero. Ahora bien, aunque la postura parezca dar albergue a un egoísmo rayando la en egolatría, los psicólogos advierten que este tipo de hedonismo es un hedonismo del futuro distinto del hedonismo del presente. De acuerdo a dicha clasificación del hedonismo un pensador como Aristipo, al promover un hedonismo del presente, radicalizó la importancia del placer inmediato convirtiéndolo en el máximo bien a buscar.

Por su parte, el hedonismo psicológico de Bentham se diferencia por tener en cuenta el porvenir y por ende, por escapar a la mera animalización del principio hedonista. El historiador de la psicología Edwin G. Boring establece que el hedonismo del presente es:

...más aplicable a los animales que carecen de los procesos simbólicos necesarios para la anticipación del futuro que para el hombre que siempre está mirando hacia adelante. Bentham, y todos los ulteriores utilitaristas, se percataron de que el placer in mediato no puede servir para elaborar una teoría que justifique la moral social pues el hedonismo del presente regularmente da pie a conflictos y contrasentidos. Sin embargo, el principio hedonista, aplicado dentro del marco referencial de la sociedad, y poseyendo como horizonte el largo plazo, conduce a la

integración y armonización de los placeres y dolores pues la meta consiste en promover la mayor felicidad posible para el mayor número posible de individuos. De acuerdo a los psicólogos, el principio de asociación conduce del hedonismo psicológico al hedonismo ético: *"Pronto el individuo llega a asociar el placer en vez del dolor con aquellas acciones que conducen a la meta de la comunidad: el mayor placer para el mayor número de personas"*. Así, Bentham propone un criterio para juzgar la moralidad de las acciones y para justificar los deberes. En el ámbito de las obligaciones el hedonismo psicológico no conduce necesariamente a la conducta correcta, pues lo único que afirma es que naturalmente se huye del dolor y se busca el placer. La cuestión de si el curso de acción a seguir es el indicado o no, debe juzgarse desde la perspectiva de la promoción o producción de la mayor felicidad posible: tanto en el plano individual como en el social. De este modo el principio utilitarista es el mismo sólo que aplicado en campos distintos: el psicológico y el moral.

Las acciones que llamamos buenas tienden a incrementar el placer mientras las llamadas malas lo disminuyen. Dado que debemos hacer lo bueno y no lo malo, nuestra obligación es efectuar aquellas acciones promotoras de la mayor felicidad. Según Bentham otras teorías acerca de la moral (como el intuicionismo) pecan por insuficiencia, es decir, no explican realmente por qué debemos obrar de una forma y no de otra. O sencillamente si intentan explicarlo caerán atrapadas en el principio utilitarista. De acuerdo a Bentham sólo el utilitarismo proporciona un criterio objetivo del bien y del mal. Pues bien, al hedonismo psicológico y ético, Bentham agregó, con miras a apuntalar el principio utilitarista de la mayor felicidad para el mayor número, que el placer a buscar tendría que cumplir una serie de requisitos.

Este “cálculo hedonista” establece que los placeres han de discriminarse en función de su:

- 1.- Intensidad (un placer intenso es más útil que un placer débil.)
- 2.- Extensión (un placer que llegue a muchos es más útil que un placer para un solo individuo).
- 3.- Duración (un placer duradero es más útil que un placer fugaz)
- 4.- Certeza (un placer seguro más útil que un placer incierto)
- 5.- Rapidez (un placer que se consigue pronto es más útil que uno a largo término)
- 6.- Fructífero (un placer que nos lleva a otro, es más útil que un placer simple)
- 7.- Pureza (un placer sin dolor es más útil que uno que esté acompañado de dolor)

En la más elemental hipótesis benhamita sería suficiente otorgar una nota a cada una de estas unidades por tal de valorar el placer de una acción desde un punto de vista cuantitativo y objetivable. Podríamos sustituir la palabra placer por bienestar y tendríamos una ética seguida, aún sin saberlo, por la inmensa mayoría de los contemporáneos. **Nietzsche**, que detestaba el utilitarismo decía que era *"la ética del último hombre, es decir, del que ha perdido la confianza en los ideales sublimes, en consecuencia está en las antípodas del superhombre"*

A pesar de que este "cálculo hedonista" no es plenamente seguro ni convincente, hay que liberar a Bentham de caer en el sensualismo. Como dice muy bien **Hazlitt**: *"...Bentham y los utilitarios no pueden ser acusados con justicia de asignar al "placer" un significado puramente sensual... el énfasis que ponen en promover el placer y evitar el dolor no conduce necesariamente a una filosofía de la auto indulgencia.... Bentham destaca constantemente la importancia de no sacrificar el futuro al presente..."*

No obstante haberse librado del sensualismo, Bentham no pudo escapar al análisis cuantitativo. Equivocadamente pensó que el placer, integrante de la felicidad, podía perfectamente ser medido al punto de relacionar el mayor o menor número de placeres con la mayor o menor felicidad. Hay que decir, empero, que, aunque no procedemos matemáticamente sí nos detenemos muchas veces a pensar si vale o no vale la pena seguir un curso de acción en función de si nos va a hacer más o menos felices. Esto último acontece muy frecuentemente en nuestra vida personal.

3.-JOHN STUART MILL (1806-1873)

John Stuart Mill es un ejemplo claro de eso que desde Lytton Strachey se llaman "victorianos eminentes", es decir, de ese tipo de gentes que en el siglo 19 combinaron un individualismo acendrado con la no menos profunda convicción de que el hecho de formar parte de una elite cultural no sólo no les otorgaba derechos, sino que era fuente de obligaciones y de cargas sociales. Nació en Londres el 20 de mayo de 1806 y era el mayor en una familia de nueve hermanos. Su padre, James Mill, puede ser considerado un precursor del utilitarismo. de origen escocés fue economista, filósofo y discípulo de **Bentham y Ricardo** trabajaba en la compañía de las indias orientales, cuya historia escribió. Como su amigo Bentham, y siguiendo al ilustrado

Helvetius, estaba persuadido de que la educación lo puede todo en la formación del carácter y se propuso demostrarlo con su hijo, al que convirtió en una especie de “máquina de razonar”, imponiéndole una disciplina atroz. El pequeño aprendió griego a los tres años y con ocho había leído al menos fragmentos de Herodoto, Jenofonte y platón, con el que mantuvo un diálogo fecundo en toda su obra, aunque no deja de confesar que no comprendió el Teeteto la primera vez que su padre se lo dio a leer. Conocía perfectamente el latín y se lo enseñó a sus hermanos, pero en la infancia de John Stuart Mill no hubo ni juegos, ni juguetes, ni vacaciones. Como mucho, su padre le sacaba a pasear... para que le resumiese sus lecturas del día anterior y le oyese disertar sobre economía y política. Por las tardes recibía clases de aritmética. Con doce años estudió a Aristóteles y a Hobbes, escribió una historia del gobierno de roma e incluso un libro en verso que pretendía ser la continuación de la Iliada. A los trece leyó a Ricardo y con catorce viajó a parís (donde fue recibido por el economista Jean-Baptiste Say). Permaneció en Francia estudiando un par de años y eso le permitió conocer Avignon, la ciudad que jugará un importante papel en su vida. En 1822 funda la Utilitarian Society y comienza a escribir artículos defendiendo la doctrina elaborada por su padre y por Bentham. en 1823 entró a trabajar en la East India Company, como “examiner” (una especie de interventor general) llegando a ser uno de sus principales directivos en 1856. Cuando la compañía se disolvió en 1858 obtuvo una confortable pensión vitalicia que le permitió establecerse cerca de Avignon, pasando sólo una parte del año en Gran Bretaña. En apariencia, era la demostración del éxito del programa conductista de educación urdido por su padre y por Bentham. Pero el cansancio intelectual costó a Mill una crisis moral tremendamente grave a los veinte años (1826-1828), que narra detalladamente en su autobiografía. la depresión le llevó a leer poesía, especialmente a Wordsworth y, ciertamente, sacudió su vida de máquina de razonar andante para abrirle a una comprensión más cualitativa de la realidad. Comprendió entonces el valor del sentimiento y de la poesía de manera que su utilitarismo se hizo más amplio que el de Bentham (puramente cuantitativo). Por decirlo rápido, se alejó de la doctrina de su padre en lo formal pero no en el fondo. Simplemente profundizó en el significado de la diferencia entre “felicidad” y “satisfacción”. Él mismo glosó esta distinción en un texto central (el capítulo II de utilitarismo) donde asume que: *«es indiscutible que los seres cuya capacidad de gozar es baja tienen mayores posibilidades de satisfacerla totalmente;*

y un ser dotado superiormente siempre sentirá que, tal como está constituido el mundo, toda la felicidad a que puede aspirar será imperfecta. Pero puede aprender a soportar sus imperfecciones si son de algún modo soportables»... dejando aparte lo que de autobiográfico tiene la reflexión, es obvio que de su crisis nerviosa Mill sacó unas consecuencias muy claras acerca de la significación de la utilidad en el nivel cualitativo, que defendió de manera consecuente en toda su obra. En 1830 se enamoró de Harriet Taylor, con una pasión exaltada. Pero él era un hombre respetable y ella una mujer casada; de manera que, aunque mantuvieran unas relaciones básicamente intelectuales, que todo el mundo conocía, la pareja esperó a la muerte del marido para poder casarse, finalmente, en 1851. Hay una gran diversidad de opiniones sobre el papel que Harriet jugó en la obra de Mill. Sus contemporáneos no la tenían en gran estima ni como persona, ni intelectualmente, pero la consideraba su fuente de inspiración y, ciertamente, de ella surge una gran parte de la reflexión socialista de Mill. La dedicatoria de “On Liberty” es lo suficientemente clara como para ahorrarse interpretaciones. Cuando murió en 1858 la hizo enterrar en Avignon y él se instaló, con su hijastra, en una casita en Saint Véran desde donde podía ver el cementerio. En 1861, publicó *utilitarismo*, texto en que estudia el tema de la felicidad, y en 1865 fue elegido parlamentario, aunque no consiguió la reelección, pero presentó una propuesta a favor del sufragio femenino –que fue derrotada. Desde 1868 permaneció en Saint Véran dedicado a la lectura, la escritura y la botánica. Allí falleció el 7 de mayo de 1873 y sus últimas palabras parece que fueron: “sabéis que he cumplido con mi tarea”. Dejó inédito su libro sobre la utilidad de la religión. Fue enterrado en Avignon junto a su esposa.

3.1.-OBRAS y PENSAMIENTO EN MILL

1843: *Un sistema de lógica*

1844: *Ensayos sobre algunas cuestiones disputadas en economía política.*

1848: *Principios de economía política: con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social.*

1859: *Sobre la libertad (On Liberty).*

1860: *Consideraciones sobre el gobierno representativo.*

1863: *El utilitarismo.*

1865: *Examen de la filosofía de sir William Hamilton.*

1869: *El sometimiento de la mujer / La esclavitud femenina (The Subjection of Women)*.

1873: *Autobiografía*.

El pensamiento de Mill se mueve dentro del marco de las ideas fundamentales de Bentham. La utilidad no es uno entre tantos bienes sino el bien por antonomasia. Se trata del principio utilitarista que, además, no admite prueba de ninguna clase pues en tanto principio es irreductible; aparte de que constituye el fin último de la acción humana.

Mill argumenta que el principio utilitarista no sostiene una moral egoísta dado que la utilidad (felicidad, placer o minimización del dolor) no es medida en función personal nada más sino en relación con el cuerpo social. El parámetro moral no es la mayor felicidad que el actor pueda conseguir; la medida es más bien la mayor felicidad que pueda provocarse socialmente.

Para Mill la búsqueda de otros objetivos o fines como la virtud, la riqueza y la fama no contradicen en nada su propuesta. Al contrario, la confirman. Por asociación estos fines vienen a constituir la felicidad misma, para algunos, o un medio para conseguirla, para otros.

El concepto de utilidad. *"El credo que acepta como fundamento la moral de la utilidad, o el principio de la mayor felicidad, mantiene que las acciones son correctas en la medida que tienden a promover la felicidad, e incorrectas en la medida que tienden a producir aquello que es contrario a la felicidad. Por felicidad se entiende el placer y la ausencia de dolor; por infelicidad el dolor y la falta de placer"*

La felicidad es el único fin de todas nuestras acciones: (=Aristóteles y Epicuro)

"La doctrina utilitarista establece que la felicidad es deseable, y que es la única cosa deseable como fin; todas las otras cosas son deseables sólo como medios para ese fin. [...] No puede darse ninguna razón de que la felicidad es deseable, a no ser que cada persona desee su propia felicidad en lo que ésta tenga de alcanzable, según ella."

A veces un medio para conseguir la felicidad se transforma en un fin en sí:

"Lo que una vez se deseó como instrumento para el logro de la felicidad, ha llegado a desearse por sí mismo. [...] llegando a ser en sí mismas fuentes de placer más valiosas que los placeres primitivos"

La virtud

"La virtud, según la doctrina utilitaria, no es natural y originariamente una parte del fin: pero puede llegar a serlo. Así ocurre con aquellos que la aman desinteresadamente. La desean y la quieren, no como un medio para la felicidad, sino como una parte de la felicidad."

El dinero:

"No tiene otro valor que el de las cosas que se compran con él; no se le desea por sí mismo, sino por las otras cosas que permite adquirir. Sin embargo, el amor al dinero es no sólo una de las más poderosas fuerzas motrices de la vida humana, sino que en muchos casos se desea por sí mismo; el deseo de poseerlo es a menudo tan fuerte como el deseo de usarlo, y sigue en aumento a medida que mueren todos los deseos que apuntan a fines situados más allá del dinero, pero son conseguidos con él."

El poder i la fama

La superioridad de la virtud respecto de todos los otros deseos;

"La virtud [...] se la puede considerar como un bien en sí mismo, deseándola como tal con mayor intensidad que cualquier otro bien; y con esta diferencia respecto del amor al poder, al dinero o a la fama: que todos éstos pueden hacer, y a menudo hacen, que el individuo perjudique a los otros miembros de la sociedad a que pertenece, mientras que no hay nada en el individuo tan beneficioso para sus semejantes como el cultivo del amor desinteresado a la virtud. En consecuencia, la doctrina utilitaria tolera y aprueba esos otros deseos adquiridos hasta el momento en que, en vez de promover la felicidad general, resultan contrarios a ella. Pero, al mismo tiempo, ordena y exige el mayor cultivo posible del amor a la virtud, por cuanto está por encima de todas las cosas que son importantes para la felicidad general"

Ahora bien, aun moviéndose dentro de los parámetros ideológicos de Bentham, Mill es consciente de las debilidades teóricas de aquél. No acepta el análisis cuantitativo efectuado por Bentham y en el que quedó atrapado éste aún después de proponer sus consabidos criterios para diferenciar los placeres.

Mill, en su anhelo por superar tal deficiencia, propone que es necesario introducir un criterio que permita la diferenciación cualitativa de los placeres. El punto referencial es la naturaleza humana entendida como susceptible de perfección en función de algún ideal.

Esa otra norma, distinta del placer, es una idea antropológica. Creyó Mill que únicamente si nos consideramos perfectibles, capaces de desarrollo personal en función de algún ideal (cómo nos visualizamos a nosotros mismos) es posible establecer diferencias entre los placeres. Aquellos placeres que no "van", por decirlo así, con nuestro humano ideal, serán descartados mientras que aquellos que compatibilizan con nuestras expectativas serán bienvenidos. Tal sería el criterio para saber y poder elegir entre drogarse o asistir a la ópera.

Pero luego, ¿en qué sitio queda entonces el principio de utilidad? Ya no puede, por lo menos, ser considerado el único fundamento de la moral. Lo que es peor, podría dejar de ser principio y pasar al plano de instrumento en función de aquella meta última: concretar el ideal antropológico.

3.2.-UTILITARISMO Y DIGNIDAD HUMANA.

Para Mill, la fundamentación del utilitarismo es la dignidad humana. Es conocida la frase que a El utilitarismo dedica a esta cuestión: *Es mejor ser un humano insatisfecho que un cerdo satisfecho; mejor ser un Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho.* Sólo puede ser útil lo que nos resulte auténtico y no falseado. Para que los humanos seamos felices es imprescindible que haya:

- a).- Autodesarrollo: es decir, "capacidad de crecer", capacidad de conocer y, por tanto, de modificar nuestras opiniones.
- b)- Individualidad: si la presión de la sociedad (y especialmente de la clase media) sobre los individuos es muy fuerte, nos encontramos ante una coacción y, por tanto,

no puede haber libertad. Estos dos elementos forman la dignidad humana, sin la cual no puede haber felicidad. Un mundo de seres pasivos y satisfechos en su obediencia no puede ser un mundo feliz porque, para Mill, la felicidad es una función de la diversidad. Incluso cuando alguien oprime otro (caso del machismo) de hecho se degrada a sí mismo, porque se acostumbra a vivir en un mundo de sumisiones meramente vacuas y se pierde la ganancia intelectual y social que significa la diversidad.

Hay que tener presente que el utilitarismo de Mill, no tanto el de Bentham, nunca es un egoísmo, aunque, en cuanto a las relaciones humanas tiende a creer más en la benevolencia que en el altruismo. Lo que me es útil es, más bien, el próximo que el lejano (y en este sentido una acción moral difícilmente puede tener por objeto "la humanidad", en abstracto porque este concepto cosmopolita es puramente teórico-de humanidades, n 'hay muchas). Pero cualquier regla debe tener un valor universal. No bastaría con reforzar la autonomía moral si, al mismo tiempo, se actuara con reglas que fueran puramente subjetivas. Como mínimo hay que exigir que de ninguna acción que nos favorezca como individuos, no salga un daño para el resto de los humanos. La individualidad que Mill propugna debe tener su contrapeso en la lealtad a la norma como regla de juego aceptada por todos.

La felicidad que propone Mill, no tiene nada que ver con la caricatura que frecuente: el aprovechamiento grosero de las ventajas a cualquier precio. **La felicidad implica, como primera condición, la dignidad o auto respeto.** La parte más valiosa de la felicidad es, precisamente, el sentido de la propia dignidad. En este sentido es básica **la distinción que propuso Mill entre "felicidad" y "contento"**.

- 1.- La felicidad supone un disfrute solidario. Sólo se puede llegar a ser plenamente feliz cuando se vive rodeado de gente que también es. Ningún hombre es una isla, por decirlo con el verso de John Donne.
- 2.- El contentamiento como disfrute puramente personal, es "no moral". Consiste en el puro "estar bien" que no es aún "vivir bien" y pertenece a individuos que no han alcanzado aún la autonomía moral. En definitiva, se puede estar contento en la desgracia, pero no ser feliz

“Es mejor, ser una creatura humana insatisfecha que un cerdo satisfecho; es mejor ser Sócrates insatisfecho que un loco satisfecho.”

A veces, se le ha reprochado que esto sea una posición poco utilitarista. ¿O es que acaso no habíamos quedado en que el utilitarismo busca “la máxima felicidad para el mayor número”? ¿O es que no habíamos quedado en que el utilitarismo es una teoría que predica que hay que buscar la felicidad a través del cálculo de consecuencias y la evaluación de las conductas?

Imaginemos un Sócrates insatisfecho. Pues bien: puede haber sido a lo largo de toda su vida más feliz que un cerdo saciado y rebosante de satisfacción. ¿Por qué? La respuesta es simple, un cerdo "perfectamente satisfecho" (que haya tenido siempre "todo lo que desea"), sólo habrá tenido a lo largo de su vida un solo tipo de placer: el de ir bien atrapa. Supongamos, sin embargo, que Sócrates-simplificando-haya tenido cuatro deseos a lo largo de su vida: comer hasta quedar harto, ir al teatro a ver tragedias de Sófocles, discutir de filosofía con sus discípulos y reformar las leyes de Atenas. Sólo hay que considerar estos cuatro deseos para comprender que Sócrates-al contrario del cerdo nunca puede estar "completamente satisfecho". Pero a pesar de su insatisfacción (a la que el cerdo escapa), él habrá conocido a lo largo de su vida placeres "más numerosos" y "más variados" que el animal en cuestión. Y en eso consiste la felicidad a la que se refieren los utilitaristas.

"Satisfacer nuestros deseos" y "buscar la felicidad" son cosas bastante diferentes. Como dice **Dugald Stewart**: *"La observación más superficial de la vida humana es suficiente para convencernos de que no se alcanza la felicidad dando a cada apetito y cada deseo la satisfacción que reclama, y que nos es necesario adoptar un plan o sistema de conducta al que subordinamos nuestras metas".* **La conclusión se impone:** *"Si por "felicidad" se entiende como en el caso de Mill- una vida llena de la cantidad -calidad más extensa posible de placeres o de estados mentales agradables, eso no se puede confundir con una pura "satisfacción de deseos".*

Mill considera la felicidad, entonces, como cosa muy concreta para cada quien y para la sociedad en tanto y en cuanto está atada al desarrollo de la personalidad humana.

Por ello surge aquí otro valor fundamental para John Stuart Mill: la libertad. Afirmaba con aires más que proféticos en las primeras líneas de su obra **Sobre la libertad**: *“El objeto de este ensayo no es el llamado libre arbitrio, sino la libertad social o civil, es decir, la naturaleza y los límites del poder que puede ejercer legítimamente la sociedad sobre el individuo, cuestión que rara vez ha sido planteada y casi nunca ha sido discutida en términos generales, pero que influye profundamente en las controversias prácticas del siglo por su presencia latente, y que, según todas las probabilidades, muy pronto se hará reconocer como la cuestión vital del porvenir”*. Intuyó muy bien lo que sucedería con la libertad: El industrialismo de la mano del nacionalismo, los planteamientos de Darwin (equivocadamente trasplantados al ámbito político) y el pensamiento de Karl Marx hicieron que los ciento cincuenta años que siguieron a la publicación de *On Liberty*, se convirtieran en siglo y medio de lucha a favor de la libertad individual.

La cuestión para Mill era muy simple: No se puede hablar de un ideal antropológico a perseguir; no puede verse la vida humana como una empresa a efectuar, si no se reconoce un ámbito privado individual inexpugnable. Es más, únicamente evitando que la fuerza intervenga en la vida privada de la persona puede tener sentido sujetar la conducta a principios morales. Mill fue aún más lejos: al reconocer un ámbito moral privado, personal, y otro público, en el que la convivencia y la cooperación eran esenciales, reclamó que el primero quedara fuera del poder coactivo del Estado y de las presiones de grupo que, aunque no equiparables al poder estatal, igualmente lesionan la libertad individual.

Al respecto resaltan como talladas en alto relieve y cubiertas con tinta roja sus palabras: *“Este principio consiste en afirmar que el único fin por el cual es justificable que la humanidad, individual o colectivamente, se entremeta en la libertad de acción de uno cualquiera de sus miembros, es la propia protección. Que la única finalidad por la cual el poder puede, con pleno derecho, ser ejercido sobre un miembro de una comunidad civilizada contra su voluntad, es evitar que perjudique a los demás. Su propio bien, físico o moral, no es justificación suficiente. Nadie puede ser obligado justificadamente a realizar o no realizar determinados actos, porque eso fuera*

mejor para él, porque le haría feliz, porque, en opinión de los demás, hacerlo sería más acertado o más justo.”

Esta sola declaración hubiera bastado para hacer del pensamiento de Mill, como de hecho lo ha sido, mucho más perdurable y bienhechor que el darwinismo social y el marxismo. No existe en Mill aquella admiración por el Estado característico de Hegel, por ejemplo. Ni la propuesta jurídica de un totalitarista como Hobbes que veía en el Leviathán un Ser creador de leyes duras, pero más sabias que la inteligencia individual. Mill se perfila, en el principio enunciado arriba, como defensor del individuo y de su libertad.

Hasta este momento tenemos que Mill:

- a) defiende el principio de la utilidad;
- b) propone la perfectibilidad de la naturaleza humana; y,
- c) sostiene la libertad individual, todo como fundamento de su teoría moral.

3.3.- UTILITARISMO DEL ACTO Y EL DE LA NORMA

A partir de la obra de John Stuart Mill, titulada El utilitarismo, suelen reconocerse, como es sabido, dos manifestaciones del utilitarismo: el utilitarismo del acto y el utilitarismo de la norma. El del acto, enfatiza que cada vez que se actúa ha de recurrirse al juicio personal para determinar qué acción concreta producirá el mayor excedente de felicidad sobre la infelicidad.

El criterio prudencial de cada quien es esencial en el utilitarismo del acto por lo que la existencia de las normas y su función quedan de hecho ignoradas o, por lo menos, no sirve de mucho.

El ser humano ha de ser capaz, en todos los casos, de prever las consecuencias de sus acciones puesto que dichas consecuencias son el criterio para establecer los deberes y las obligaciones.

Por su parte, el utilitarismo de la norma enfatiza que el juicio ha de recaer sobre las reglas. Hemos de preguntar qué norma es capaz de producir el mayor excedente de bien sobre el mal. La cuestión crucial, en el utilitarismo de la norma, no es ¿qué efectos producirá este acto concreto, en esta situación específica? sino ¿sería beneficioso que

todos los individuos hicieran esto en situaciones como ésta? es decir ¿sería útil que este comportamiento se volviese común?

Mill dio importancia a ambas expresiones del utilitarismo. Sostenía que en algunas circunstancias tenemos que preguntarnos si decir la verdad o mentira, declarar lo que sabemos u ocultar información, es o no es lo más adecuado. ¿Es nuestro deber ser veraces ante el malvado que inquiere por su víctima dado que nosotros sabemos dónde se oculta ésta? ¿Es obligación comunicar lo que sabemos a alguien que, dado su estado de salud, podría agravarse y aún morir al contacto con tales datos?

En los casos anteriores, Mill se inclinaba por un utilitarismo del acto, diríamos, excepcionalmente. Pero en líneas generales parecía sostener un utilitarismo de la norma como proceder común en el contexto de la vida social. En El utilitarismo, sostiene claramente que: *“Todas las criaturas racionales se hacen a la mar de la vida con decisiones ya tomadas respecto a las cuestiones comunes de corrección e incorrección moral... Por lo demás, argumentar seriamente, como si no fuera posible disponer de tales principios secundarios, como si la humanidad hubiera permanecido hasta ahora, y hubiera de permanecer por siempre, sin derivar conclusiones generales de la experiencia de la vida humana, es el absurdo mayor al que jamás se pudiera llegar en las disputas filosóficas”*. A la luz de lo anterior Mill parece afirmar que existen normas (principios) que hemos heredado del pasado; que no tenemos, en consecuencia, que proceder en cada acción como si fuera la primera vez que ésta se efectúa en el tiempo y en la historia. El mundo, el universo, la sociedad, no constituyen una primera experiencia para cada quien cada vez que se actúa. Al contrario, nos asomamos al mundo y a la sociedad con un bagaje (en el caso de la sociedad, es un capital normativo), que nos prepara para proceder adecuadamente. Ahora bien hay que reconocer que aquí John Stuart revela una tirantez dialéctica en su pensamiento (una de las tantas ocasiones en que esto se manifiesta): Por un lado acepta la existencia de normas heredadas pero por la otra eleva a la razón humana a la categoría de juez de las normas. ¿En qué quedamos? ¿Son las normas encarnación de la experiencia de generaciones pasadas? ¿Deben obedecerse dado que tal sabiduría se impone o porque la razón demuestra que su obediencia, en general, producirá los mejores efectos? Haciendo un intento por conciliar estas posturas aparentemente interminables creo encontrar una salida en la particular posición de Mill respecto al conocimiento humano como susceptible de error.

Es cierto, hay tradiciones, herencia cultural, normas y reglas recibidas como legado pero

¿Por qué tomarlas como la última palabra?, ¿acaso no son susceptibles de mejora, cambio, renovación y perfeccionamiento?, ¿o es que los ancestros no se equivocaban nunca?

El error humano y la imperfección de nuestro conocimiento son cuestiones que subyacen a la defensa de la libertad tal como Mill la entendía. De ahí que el disenso, la variedad de opiniones y las conductas más estrambóticas sean defendidos por él en cuantas manifestaciones de la libertad. He aquí algunas de sus palabras: *...las épocas no son más infalibles que los individuos; toda época ha sostenido opiniones que las épocas posteriores han demostrado ser, no sólo falsas, sino absurdas; y es tan cierto que muchas opiniones ahora generalizadas serán rechazadas por las épocas futuras, como que muchas que lo estuvieron en otro tiempo están rechazadas por el presente*. La tradición es importante pero no sacrosanta; la sabiduría de antaño orienta pero no es absoluta, provee parámetros pero éstos pueden tornarse obsoletos y discutibles. De ahí la urgencia de la libertad para discutir, experimentar, probar y ensayar. La posibilidad de fallar abre para nosotros la vía para que el intelecto humano, tanto en la ciencia como en la moral, pueda avanzar: la de someter a prueba las creencias. Por fortuna, nos asegura Mill, hay que reconocer: *“una cualidad de la mente humana, fuente de todo lo que hay de respetable en el hombre, tanto como un ser intelectual que como ser moral, y es, a saber, que sus errores son corregibles.”*

No lo sabemos todo, pero podemos ir depurando nuestro saber tanto en lo teórico como en lo práctico, en lo que atañe a la verdad y en lo que toca a la bondad. Todas gracias a que: *“El hombre es capaz de rectificar sus equivocaciones por medio de la discusión y la experiencia. No sólo por la experiencia; es necesaria la discusión para mostrar cómo debe ser interpretada la experiencia. Las opiniones y las costumbres falsas ceden ante los hechos y los argumentos; pero para que los hechos y los argumentos produzcan algún efecto sobre los espíritus es necesario que se expongan. Muy pocos hechos son capaces de decirnos su propia historia sin necesitar comentarios que pongan de manifiesto su sentido.”*

La defensa autoritaria de cualquier opinión o costumbre sea cual sea su justificación, repugna a Mill. Ningún resquicio deja Mill abierto para que se cuele la infalibilidad. Todo pende del hilo de la experiencia y la discusión abierta.

4. -LA VIRTUD COMO PERFECCIONAMIENTO DEL INDIVIDUO.

Por Lourdes Gordillo Álvarez-Valdés.

En este texto se presenta la concepción utilitarista de la virtud en John Stuart Mill. El cultivo y la adquisición desinteresada de la virtud se integran en el proceso de autorrealización humana. La virtud es necesaria para la consecución de la felicidad y para el interés general de la sociedad. Se analiza la virtud en Mill como un sentimiento moral que se trasmite por observación. Se finaliza con unas conclusiones críticas sobre esta perspectiva utilitaria de la virtud. En la tradición ética occidental, la virtud es considerada condición indispensable del perfeccionamiento del ser humano. De ahí que, en general, los planteamientos que tienen en cuenta la autorrealización o el cultivo del individuo integren un tratamiento más o menos amplio de la cuestión de la virtud. Ahora bien, el tema de la virtud puede ser enfocado desde diversas perspectivas que hagan prevalecer un aspecto u otro de la virtud. Estos enfoques dependerán, en último término, de cómo se haya concebido al ser humano. Pues bien, esta es la situación de nuestro autor, J. Stuart Mill, que desarrolla el tema de la virtud en dependencia de su concepción utilitarista de la moral, que, a su vez, es consecuencia de su pensamiento en torno al hombre.

1.-Contexto de la teoría milliana de la virtud

Como buen utilitarista, Mill no lleva a cabo una especulación completa sobre la naturaleza de la virtud, su tipología, articulación interna... Tan sólo está interesado por su función práctica, y más en concreto por la necesidad que la virtud parece tener como medio para alcanzar la felicidad. El contexto de su tratamiento de la virtud está expuesto en su artículo *Civilización*, de 1836, donde describe la moderna sociedad comercial, incipiente en aquella época. Según Mill, **en la sociedad comercial**, el hombre concentra sus energías en conseguir dinero y bienes materiales. ***La valoración de las personas descansa no sobre lo que es una persona, sino sobre lo que aparenta.*** Este aparentar viene

determinado por el cúmulo de bienes materiales a los que uno puede acceder mediante su dinero. Como consecuencia de este criterio de valoración, cada sujeto singular se ve sometido a una despersonalización: cae bajo parámetros puramente cuantitativos, "está perdido en la muchedumbre" anónima, corre el peligro de perder hasta su propia identidad. Mill veía con desagrado que, en este tipo de sociedad materializada, lo que se busca es, ante todo, el éxito. Una de sus formas más conspicuas era, a juicio de Mill, poder de influir en la vida pública, a través del arte de la "charlatanería", con el fin de conseguir una audiencia cada vez mayor, inundando, con este fin, el mercado de libros y artículos.

Sin embargo, este panorama, de un individuo materializado, impotente ante la masa y bajo el poderoso influjo de los que detentan el poder, tiene su peor momento en el peligro de cambio que experimenta el carácter de los individuos, que, según Mill, tiende a ser "enervated", falta de vitalidad.

En esta exposición sobre la sociedad comercial y en los análisis sobre los peligros que la amenazan, Mill ve cada vez más necesario recurrir a una solución que forme el carácter de los individuos y despierte las virtudes dormidas de las clases más elevadas. Este cambio de meta viene determinado por el cultivo de uno mismo. Mill apela a la virtud como la única solución que permite al hombre perfeccionarse individualmente y aspirar a empresas heroicas, como las que requería la débil sociedad entonces incipiente.

Mill coloca el ideal del cultivo propio, como meta final a la que tiende toda sociedad y todo progreso. A su vez, la virtud constituye el recurso indispensable para la consecución de este ideal social. Se entiende así que la virtud aparezca como un recurso educativo que aviva la riqueza que entraña todo individuo. Hace falta, entonces, saber cómo impulsar y desarrollar la virtud en cada individuo.

Una vez expuesto el contexto general, es preciso tratar con detalle la concepción milliana de la virtud, atendiendo también a las distintas interpretaciones que se han dado de sus textos. Ya he mencionado que en Mill no hay una definición de virtud ni un tratamiento especulativo de ella, lo cual no es extraño, pues en su ética utilitarista lo decisivo es el valor salvífico de la virtud en la vida práctica, o sea, la reforma de los individuos y, como consecuencia, de la sociedad.

4.1.-EL DESCUBRIMIENTO MILLIANO DE LA VIRTUD

La peculiar experiencia educativa de Mill le llevó a comprender, desde muy joven, que era casi imposible compatibilizar una sociedad materialista y hedonista, como era la sociedad comercial, con la verdad, el honor y el heroísmo, cualidades sin las cuales no puede existir una buena sociedad. No obstante, Mill no abandona sus esfuerzos por buscar algún modo en que sea posible inculcar esas virtudes.

Por un lado, Mill vio con claridad que la lectura y la admiración de las vidas heroicas era una forma adecuada de incrementar o estimular la virtud. Dejó escrito en su Autobiografía: *Aún a la muy temprana edad en que leí con él [mi padre] las Memorables de Jenofonte, adquirí, en aquella obra y por sus comentarios, un profundo respeto para el carácter de Sócrates, que se mantuvo en mi espíritu como un modelo de excelencia ideal. Y recuerdo bien cómo me inculcó mi padre en aquella época las enseñanzas de la lección de Hércules.* En este texto, Mill nos hace ver que la temprana lectura del mito de Hércules influyó en su carácter y supuso la base del ideal de la buena sociedad, que perseguiría a lo largo de toda su vida. Por esta razón, no es de extrañar que la recurrencia a tales obras sea para Mill un método adecuado de elevar el pensamiento y el sentimiento humano, es decir, de inculcar la virtud a través de las vidas ejemplares. La admiración de estas formas de vida impulsa a dar prevalencia a la virtud sobre el vicio, y, en consecuencia, a buscar la libertad zafándose de la necesidad, porque la virtud se opone a la primacía de los placeres sensibles y materiales, que deterioran al hombre, y promueve las actividades espirituales y libres.

Sin embargo, Mill era consciente de que ese método no era suficiente para inculcar la virtud. Por eso, se queja, por ejemplo, de la educación que recibió de su padre: estaba más volcada al entrenamiento en el en el conocer que en el hacer, siendo así que la virtud está fundamentalmente en el orden del hacer. En consecuencia, Mill ve necesario recurrir a otras formas que ayuden al ejercicio de la virtud.

Para encontrar otros caminos que conduzcan a la virtud, Mill considera conveniente analizar las condiciones de adquisición de la virtud. De este modo, quizá podríamos establecer que, de modo general, puestas las condiciones de adquisición, se alcance efectivamente la virtud.

4.2.-CONDICIONES DE ADQUISICIÓN DE LA VIRTUD

A) Interés y felicidad

En el Utilitarismo, considera Mill que el desinterés es condición necesaria para la adquisición de la virtud. Con esto recoge un aspecto de la tradición clásica, que ciertamente reconoció en el desinterés un aspecto de la virtud, si bien no el más relevante. En el capítulo IV, Mill expone: *"Pero el utilitarismo ¿niega que la gente desee la virtud?; o ¿sostiene que la virtud no es una cosa deseable? Todo lo contrario. No solo sostiene que la virtud ha de ser deseada, sino que ha de ser deseada desinteresadamente, por sí misma. No importa cuál sea la opinión de los moralistas utilitaristas sobre las condiciones, originales que hacen que la virtud sea virtud; pueden creer (y así lo hacen) que las acciones y disposiciones son virtuosas sólo porque promueven otro fin que la virtud [...]. Pero no sólo colocan la virtud a la cabeza de las cosas buenas como medios para llegar al último fin, sino que reconocen también como un hecho psicológico la posibilidad de que sea para el individuo un fin en sí mismo, sin consideración de ningún fin ulterior"*.

En el texto citado, Mill polemiza contra los moralistas utilitaristas que querían que la virtud fuese medio para otro fin ulterior, en concreto, para la felicidad. Ciertamente Mill reconoce que el deseo de felicidad es el fin de nuestras acciones y sin ese deseo no es posible ni siquiera alcanzar la virtud. Sin embargo, considera que la virtud es parte de la felicidad solo cuando se ama desinteresadamente, no cuando se busca como medio de alcanzar la felicidad. Es más, el amor desinteresado a la virtud es la única forma de convertirla en parte de la felicidad, y evitar que sea simple medio. Por eso, escribe: *"La virtud, según la doctrina utilitaria, no es natural y originariamente una parte del fin: pero puede llegar a serlo. Así ocurre con aquellos que la aman desinteresadamente. La desean y la quieren, no como un medio para la felicidad, sino como una parte de su felicidad"*.

Esto plantea a Mill el problema de la relación entre medios y fines. Su doctrina no deja de ser peculiar, pues considera que los medios asociados a un fin pueden quererse como fines: *"La virtud no es la única cosa que, siendo originariamente un medio, sería y seguiría siendo indiferente, si no se asociara como medio a otra cosa, pero que, asociada como medio a ella, llega a ser deseada por sí misma y, además, con la más extremada intensidad"*. Esa asociación no hay que entenderla como algo necesario o exigido por el fin, sino producto de la actividad del

individuo: *"La fuerte asociación así engendrada, entre todos nuestros objetos de deseo y los del poder y la fama, es lo que da a éstos esa intensidad que a menudo revisten, y que en algunos temperamentos sobrepasa a la de todos los otros deseos. En estos casos los medios se han convertido en una parte del fin y en una parte más importante que la constituida por cualquiera de las otras cosas para las cuales son medios"*.

Es, pues, clara la posición de Mill. En su origen, virtud y felicidad no son lo mismo; hay muchos que buscan la felicidad al margen de la virtud. Sin embargo, la búsqueda desinteresada de la virtud, es decir, la búsqueda del auto perfeccionamiento como fin último, lleva a asociar intensamente virtud y felicidad. Además, teniendo en cuenta que el único modo de buscar la virtud es por ella misma, desinteresadamente, resulta a la postre que la búsqueda desinteresada de la felicidad es el único camino para serlo. En una palabra: hay que buscar la virtud por sí misma y así somos virtuosos y felices.

B) Virtud y sentimiento

Atendiendo al modo concreto en que, según Mill, la virtud ha de ser inculcada, es decir, a través de la admiración y de la simpatía por la vida de los héroes del mundo clásico, algunos autores han sostenido una interpretación peculiar de la idea de virtud y su función en el pensamiento de Mill.

Carlisle señala que la pedagogía milliana pone de manifiesto que, para él, la virtud era un sentimiento que se transmitía por observación. Por eso, cuando Mill utiliza el principio asociacionista, Carlisle entiende que "el amor a la virtud" sólo puede darse por "inspiración o simpatía".

En sus ensayos literarios, Mill sale al paso de esa interpretación, afirmando escuetamente que la virtud consiste en acciones, no en sentimientos. Mill argumenta allí contra los moralistas que no tienen en cuenta las consecuencias de las acciones y que se dejan llevar sólo por la guía de los buenos sentimientos. Parece, pues, claro que, para Mill, la virtud no depende de los sentimientos, aunque estos sean un elemento importante del proceso de adquisición de la virtud. Por otra parte, no podemos confundir y, creo que Mill no lo hace, el placer que comporta el obrar rectamente con el hecho de obrar rectamente. Sin embargo, es muy importante

que se encuentre placer en la actividad buena, pues eso ayuda enormemente a realizarla. Por eso, Mill considera que, en el desarrollo intelectual, hay que enseñar a los estudiantes a tener placer en la actividad intelectual y en el descubrimiento de la verdad.

De este modo, tenemos que, para Mill, es importante mostrar que el ejercicio de la virtud comporta placer, para poder inculcarla en la juventud. Donner considera que, para producir el deseo de virtud, debemos comenzar a pensar en ella como placentera (capaz de producir placer), para que, de este modo, se vaya asociando a la felicidad y acabe por ser considerada parte de ella. Así, por ejemplo, si, por simpatía hacia los demás, consideramos agradables para nosotros los actos que les benefician, tales actos acaban siendo deseados por sí mismos. Por ello, concluye Donner, el sentimiento de simpatía es, en Mill, la base del sentimiento moral, aunque no se identifique con él.

Este sentimiento de simpatía, del que habla Donner, es para Semmel un profundo impulso, que está asociado con el placer. Por eso, es posible que toda acción tenga como finalidad buscar la satisfacción de ese sentimiento placentero de simpatía. De este modo, se consigue que la virtud se asocie indisolublemente a la simpatía -el obrar virtuoso sea para nosotros algo simpático, fuente de placer-, entonces será posible que practicar la virtud y evitar el vicio se convierten en un fin en sí mismo.

4.3.- CONSECUENCIAS SOCIALES DE LA VIRTUD

Algunos estudiosos del pensamiento milliano han visto que la concepción educativa de Mill puede llevar a una eliminación de la libertad. Consideran que, si todos los ciudadanos han de ser educados según la virtud, habría que obligar a cada persona a vivir de un determinado modo, lo cual coartaría su libertad. Según Semmel la cuestión crítica de Mill fue precisamente la de compaginar *v i r t u d* y libertad, en concreto

¿Cómo establecer un régimen de virtud para todos que, al mismo tiempo, ensanche y proteja la libertad individual?

En cualquier caso, sea o no una cuestión capital en Mill, parece claro, por sus críticas a la sociedad comercial, que consideraba el ejercicio de la virtud y el consecuente perfeccionamiento humano, como una forma de ampliar el horizonte de los

individuos, lo cual posibilita comprometerse en empresas heroicas. Por esto, más bien ocurriría que, para Mill, a través de la virtud se preserva la libertad de acción, ya que el hombre virtuoso es el que, de hecho, puede aspirar a fines más altos, porque es más libre, o sea, más independiente de los intereses particulares. Esta independencia de lo privado es lo que, a los ojos de Mill, permite el paso de lo particular a lo general, es decir, a lo que es interés de todos, al bien social. Solamente el hombre virtuoso, o sea, el que ha dejado de lado su propio interés para cultivar la virtud, es capaz de trabajar en la mejora de la sociedad, de fomentar la mayor Felicidad para el mayor número de personas. Por eso, Mill pensaba que llegaría un momento en que todos los trabajadores y empleados se asociarían libremente, a causa de un propósito común que aunará los intereses de cada uno. Pero esto sólo se lograría, si se ejercita desinteresadamente la virtud, lo cual es la única forma de librarnos de esa "prematura tendencia a dejarse inducir por los intereses privados en las cuestiones sociales".

Ahora bien, este paso milliano de lo privado a lo social a través del desinterés generado por la búsqueda correcta de la virtud, presenta no pequeñas dificultades. Hemos dicho que la acción buena es la que busca como último fin el sentimiento placentero al que hemos asociado la virtud. Surge, entonces, el problema de saber si tal acción es realmente desinteresada, pues parece que lo que busca es el placer particular del sujeto que la realiza. Es más, a la postre, parece que el virtuoso ha de buscar el bien social y, por tanto, poner la virtud como medio para la felicidad del mayor número de ciudadanos. En una palabra, tenemos la paradoja de que hay que buscar la virtud por sí misma y simultáneamente ponerla como medio de la propia y de la ajena felicidad. Strasser comenta esa paradoja, afirmando que el utilitarismo admite la virtud como fin en sí mismo, precisamente porque es lo que más ayuda a conseguir la felicidad general.

Me parece claro que, para Mill, la virtud es fin en sí misma, o sea, hay que buscarla desinteresadamente, sin miras a un fin ulterior; pero, al mismo tiempo, esa es la única forma de salvaguardar el interés general, o sea, que la virtud es el único medio para lograr la felicidad de la mayoría.

Ese es, pues, el problema: ¿cómo entender que la virtud sea al mismo tiempo útil, es decir, medio para incrementar la felicidad del mayor número y simultáneamente sea buscada por sí misma?

5.-DIFERENCIAS MILL-BENTHAM

Mill toma el empirismo de Hume, el utilitarismo de Bentham, el asociacionismo psicológico de su padre, la teoría de la sociedad industrial de Saint-Simon y Comte. La idea de una irresistible marcha de la historia hacia la democracia y el riesgo de tiranía de la mayoría proviene de Tocqueville. Sin embargo, la síntesis de esos materiales es profundamente original. Mill es un utilitarista, pero su obra no se limita a reproducir el esquema individualista y el atomismo sociológico empirista. El utilitarismo es la teoría que convierte a la utilidad (entendida como felicidad o bienestar) en el único criterio de felicidad. Se trata de orientar la acción a lograr *“la mayor felicidad para el mayor número”*. Y por *“felicidad” se entiende el placer y la ausencia de dolor, mientras que la “infelicidad” es el dolor y la privación del placer.*

¿Pero, cómo definir la “felicidad del mayor número”? En este punto las teorías de Mill y de Bentham divergen:

A) Para Bentham la felicidad está vinculada a la cantidad de placer. Es, pues, una concepción aritmética, agregativa. *“Ahora es ampliamente conocido que Bentham apoyó su caso... únicamente en la “cantidad de placer” Era su máxima, que “si la cantidad de placer es idéntica, el juego de bolos (push-pin) es igual de bueno que la poesía”.* Esta opinión ha sido repetida innumerables veces y se ha transformado en costumbre el atribuirle a Bentham y citar esta supuesta “máxima”. Más recientemente, por ejemplo, en su Corta Historia de la Ética, MacIntyre escribe: *“Bentham da por sentado que el placer y el dolor... son términos igualmente simples y homogéneos... Al escoger entre varias alternativas, la cantidad de placer es el único criterio: “si la cantidad de placer es idéntica, el juego de bolos (push-pin) es igual de bueno que la poesía.”* **Para Mill, por el contrario, lo importante es la calidad de los placeres;** por ello los placeres del espíritu son más importantes que los del cuerpo, y es preferible ser “un Sócrates insatisfecho” antes que un cerdo satisfecho. *“Sería absurdo pensar que mientras en la evaluación*

de todas las otras cosas se toma en cuenta tanto la calidad como la cantidad, en la evaluación de los placeres se tome en cuenta exclusivamente la cantidad”

Con respecto a su padre por ejemplo, nos dice que James Mill sostenía claramente que los placeres mentales eran intrínsecamente superiores: *“Nunca dejó de considerar los placeres del intelecto por encima de todos los demás, lo mismo en su valor como placeres, independientemente de sus consecuencias benéficas”*. **Lo mismo pensaba, según Mill, los Epicúreos:** *“No se conoce ninguna teoría Epicúrea de la vida, que no asigne a los placeres del intelecto, de las emociones, de la imaginación y de los sentimientos morales, un valor mucho más alto como placeres que a los de una simple sensación”*.

B) Otra diferencia básica entre Mill y Bentham se halla en el papel de la felicidad. Bentham considera que la felicidad del individuo se identifica con los intereses de la humanidad. Ir contra la satisfacción de un deseo individual es ir contra la humanidad de la que ese individuo forma parte porque toda satisfacción ha de ser considerada imparcialmente como dotada del mismo valor. Por eso su teoría se le identifica con el utilitarismo individualista. Para Mill, en cambio, dado el estado actual de nuestras sociedades, debe distinguirse entre la satisfacción puramente privada y el bien público. Ciertamente debe trabajarse para reducir la diferencia entre ambos, pero entre tanto, el sacrificio de un individuo por el bien público debe considerarse la virtud más alta. De aquí que se designe su posición como utilitarismo altruista.

Maximizar la suma total de felicidad o de placer, considerando imparcialmente los intereses de todos aquellos que están concernidos por un acto en concreto, es el objetivo de cualquier decisión que un utilitarista consideraría justa. En todo caso hay que dejar claro que, ningún sacrificio personal tiene valor por sí mismo, sino en la medida en que aumenta la suma total de felicidad. Y, por ello mismo, una individualidad vigorosa e inconformista, opuesta al prejuicio social pequeño burgués, movida por la imparcialidad en sus juicios y por la racionalidad lógica en el razonamiento, es más útil a la sociedad que una personalidad sumisa. Como dice el título del capítulo 3º de ON LIBERTY, la individualidad es uno de los elementos del bienestar.

C) Utilitarismo del acto (Bentham) y utilitarismo de las reglas (Mill).

El utilitarismo del acto, propio de Bentham, propone realizar un cálculo en cada caso o circunstancia, que haga posible alcanzar un máximo de placer o felicidad, sin necesidad de seguir normas a priori. Cada acción tiene unas consecuencias y solo ellas nos permiten justificar su valor. Los motivos subjetivos, es decir las intenciones no cuentan, no importan, solo importan y mucho las consecuencias, porque están son evaluables. Mill se identifica más con el llamado utilitarismo de las reglas. Para Mill lo más importante no es identificar el bien o la felicidad con lo deseado a gusto del consumidor, sino con lo deseable en orden a una vida mejor para todos. Para ello, hay que buscar un criterio, que nos sirva de regla universal o general. La educación, la cultura, la experiencia moral de la humanidad a lo largo de los tiempos, serán los que nos informen sobre las consecuencias de las acciones morales, y las que nos sirvan como criterio de nuestras valoraciones morales.

6.-MILL Y KANT.

El utilitarismo y la deontología han sido visiones contrapuestas del mismo problema desde su origen. Ambos intentan dar una respuesta ante la misma pregunta: ¿En qué debemos basarnos a la hora de proponer una moralidad para las acciones? ¿Podríamos juzgar una acción basada en los resultados que provoca y como afecta (positivamente o negativamente) a cierta cantidad de individuos? ¿O podríamos basarnos en los principios abstractos que la rigen, derivados de una razón pura, sin tener en cuenta sus consecuencias? Sea la respuesta que sea, el problema que subyace, remite a la, ya cuestionada pregunta de si las acciones se deben valorar por sus resultados o la voluntad con la que se ejecutan.

Kant postula una especial importancia en la parte “pura” o a priori de la filosofía moral. Él distingue explícitamente que el principio de la moral suprema debe ser descubierto a priori o de forma pura (a través de la razón). Esto significa una construcción filosófica basada exclusivamente en principios derivados de la razón, en contraposición a los principios derivados a posteriori que serían aquellos nacidos de la observación o la experiencia. Si bien esta moral “a posteriori” nos podría decir como actuamos (lo cual él llama Antropología Moral), no nos puede decir como deberíamos actuar.

La noción de voluntad en Kant es uno de los pilares centrales y distintivos de su ética. Kant propone que cada cosa en la naturaleza actúa según leyes, pero que “sólo un ser racional posee la facultad de obrar por la representación de las leyes” es decir el hombre. La capacidad de representarnos las leyes, significa que podemos ver la máxima que rige u orienta las acciones, y actuar en base a esa norma. La voluntad entonces será la facultad que nos permite representarnos estas leyes. Siguiendo el desarrollo de la ética en Kant, vemos como él propone que la moralidad se presenta ante los humanos en forma de imperativos categóricos, a priori, independientes de toda experiencia, de los cuales derivarán nuestras obligaciones morales. Es entonces un imperativo categórico porque, en última instancia nos comanda de forma absoluta, con una autoridad superior a cualquier deseo, preferencia, circunstancias, o hecho derivado de lo empírico.

Para Kant, entonces lo único bueno sin restricción es una buena voluntad (es buena en sí y por sí), estando detrás de esto, la representación de aquellas leyes que rigen las acciones, las cuales en su universalización, podremos juzgarlas moralmente como válidas. Por lo expuesto arriba se ha dicho que Kant posee una ética deontológica, ya que no pone el valor moral en el fin que la acción produce, si no que, por el contrario lo hace en su voluntad y en la norma que subyace a esa voluntad.

La obra cumbre en la cual Mill expone su teoría ética es “El Utilitarismo” (1863). En ese libro, define al utilitarismo como aquel sistema ético que *“sostiene que las acciones son justas en la proporción con que tienden a promover la felicidad; e injustas en cuanto tienden a producir lo contrario de la felicidad”*. Según Mill, la felicidad justamente es el placer y la ausencia de dolor. En ese sentido, la relación del uno con los otros se transforma en recíproca, ya que la felicidad de los individuos, de cada uno, depende de la de los demás. En la medida en que logro la felicidad de los demás consigo también la propia, de manera que para un individuo resulta útil lograr la felicidad del conjunto en el que se encuentra inmerso. Buscar lo útil consiste en ser práctico, valorar las cosas de manera distinta según el uso que se haga de ellas. Lo importante es notar que según Mill no todos los placeres cuentan por igual, y los diferencia en función de su superioridad cuantitativa (en cuanto cause felicidad a más personas, mejor es el placer), y en forma cualitativa, es

decir, que si teniendo dos placeres de los cuales todos tenemos conocimiento, todos o casi todos elegimos el mismo placer, este es mejor cualitativamente. Un punto a aclarar del utilitarismo es que las cosas o acciones en sí no son ni buenas ni malas, y eso “obliga” a repensarlas en cuestión de sus resultados vez tras vez. Si en Kant una máxima universalizada es válida moralmente no importando su condición espaciotemporal, en Mill vemos todo lo contrario, cierta acción puede provocar felicidad e infelicidad a la vez, o cierta vez felicidad y cierta vez infelicidad. Muchas reacciones frente al utilitarismo nacen de su (a primera vista) carácter hedonista, pero es necesario aclarar que no es así en Mill, si no que mientras el hedonismo busca un placer individual, Mill busca un bien colectivo, en ese sentido se podría esperar que, en una acción propia que me provoca placer a mí, pero infelicidad a muchos, lo deseable, sería que deje de hacerla a fin de provocar placer en más personas (y esto un hedonista lo negaría). De todas formas lo importante siguen siendo las consecuencias de la acción, más que sus motivos.

Por lo tanto, mientras la ética de Kant se despoja de todo rasgo empírico y hace énfasis en la voluntad, y en la máxima que rige la acción, en Mill vemos un planteamiento contrario, donde lo que importa es el fin de la acción, sin tener en cuenta el móvil que la guía.

En resumen, Kant, como los racionalistas piensa que el fundamento de la moral es la razón humana, Mill, como Hume, considera que los principios morales no admiten justificación racional. La ética de Kant es deontológica, formal, es decir fundada en la razón autónoma, mientras la de Mill es teleológica, material.

Para Kant solo es moral actuar libremente por respeto a la ley moral, expresada en imperativos categóricos, y no actuar por deseos o inclinaciones. Para los utilitaristas los motivos, las intenciones carecen de importancia, lo que cuentan son las consecuencias de nuestras acciones y que produzcan el máximo de felicidad a la mayoría. Es una ética consecuencialista. Mill considera que la moralidad debería ser pragmática y tener en cuenta la felicidad humana y la realización personal. Kant que debería ser pura, y estar por encima de los deseos humanos. En Mill la felicidad es el fin último de nuestras acciones, en Kant la moralidad es una actuar por amor al deber, independientemente de la felicidad, aunque acepta que esta pudiera ser un medio que ayude al cumplimiento moral. Para Mill, el hombre tiene derecho a ser

feliz, y la sociedad debe garantizar los medios para alcanzar sus propósitos, sin embargo para Kant, la felicidad es un premio que reclama meritos morales, se recibe en un futuro, (la inmortalidad), como consecuencia de haber perseguido con tenacidad la virtud.

7.-CRITICAS AL UTILITARISMO.

¿Por qué llegó a ser tan popular el utilitarismo? Hay varias razones para su atractivo. Primero, es un sistema ético relativamente fácil de aplicar. Para determinar si una acción es moral uno debe simplemente calcular las consecuencias buenas y malas que resultarán de una acción específica. Si lo bueno supera a lo malo, entonces la acción es moral.

Segundo, el utilitarismo evita la necesidad de apelar a la revelación divina. Muchos de los que adhieren a este sistema ético están buscando una forma de vivir una vida moral aparte de la Biblia y una creencia en Dios. El sistema reemplaza la revelación por la razón. La lógica, antes que una adherencia a principios bíblicos guía la toma de decisiones de un utilitarista.

Tercero, la mayoría de la persona ya usa una forma de utilitarismo en sus decisiones diarias. Tomamos muchas decisiones no morales cada día basadas en las consecuencias. En la fila para pagar en la caja buscamos la cola más corta para poder salir por la puerta más rápidamente. Tomamos la mayoría de nuestras decisiones financieras (librar cheques, comprar mercadería, etc.) según un cálculo utilitario de costos y beneficios. Así que tomar decisiones morales usando el utilitarismo parece una extensión natural de nuestros procedimientos de toma de decisión diarios

Hay, también, una serie de problemas con el utilitarismo.

En primer lugar, un problema que tiene es que conduce a una mentalidad de que "el fin justifica los medios". Si cualquier fin valedero puede justificar los medios para alcanzarlo, no se tiene un verdadero fundamento ético. Pero todos sabemos que el fin no justifica los medios. Si fuera así, entonces Hitler podría justificar el Holocausto porque el fin era purificar la raza humana. Stalin podría justificar la matanza de millones de personas porque estaba intentando lograr una utopía comunista. El fin nunca justifica los medios. Los medios deben justificarse a sí mismos. Una acción específica no puede ser juzgada como buena simplemente porque puede conducir a

una buena consecuencia. Los medios deben ser juzgados por alguna norma objetiva y consistente de moral.

Segundo, el utilitarismo no puede proteger los derechos de las minorías, si la meta es el mayor bien para el mayor número. Los estadounidenses del siglo XVIII podrían justificar la esclavitud en base a que brindaba una buena consecuencia para la mayoría de los estadounidenses. Sin duda la mayoría se beneficiaba de la mano de obra barata, aun cuando la vida de los esclavos negros fuera mucho peor.

Un tercer problema con el utilitarismo es la predicción de las consecuencias. Si la moral está basada en los resultados, entonces tendríamos que ser omniscientes para predecir precisamente las consecuencias de cualquier acción. Pero, cuando mucho, sólo podemos adivinar el futuro, y a menudo estas estimaciones razonadas son erróneas.

Un cuarto problema con el utilitarismo es que las consecuencias mismas deben ser juzgadas. Cuando ocurren resultados, todavía debemos preguntar si son resultados buenos o malos. El utilitarismo no brinda ningún fundamento objetivo y consistente para juzgar los resultados, porque los resultados son el mecanismo usado para juzgar la acción misma.

Más críticas

El criterio utilitarista ha recibido un buen número de críticas. Para muchos de sus adversarios el problema no es que sea un criterio falso, sino que resulta extremadamente difícil de aplicar (o incluso imposible). Para otros-deontologistas-simplemente, el criterio de la felicidad no es el bien supremo, ni superior a todo otro valor.

En resumen, las críticas más repetidas inciden en los siguientes argumentos:

- 1.- La imposibilidad de medir el placer, por falta de un criterio. Es sencillamente imposible sumar el placer que experimentan individuos diferentes para obtener un total
- 2.- El peligro político del utilitarismo. Este argumento ha sido defendido por grupos conservadores, temerosos de que una extensión del utilitarismo aumento del egoísmo, pero también que el utilitarismo **signifique** una serie de medidas de ingeniería social reformista. Como el utilitarismo no cree en la existencia de "derechos

naturales", a menudo el liberalismo conservador considera que en el utilitarismo hay un fuerte componente de arbitrariedad y de construcción social

3.- Los valores "sagrados" o "no-negociables". **Rawls** (y entre los ilustrados, el último **Condorcet**) han afirmado que hay valores "inviolables" o "no negociables", que no deben ser sometidos cálculos de ventaja para la sociedad.

Algunos críticos (**Amartya SEN, Richard Dworkin...**) Han afirmado, además, que el utilitarismo no da suficiente importancia a los derechos del hombre. En realidad, lo que los utilitaristas afirman es que, sin un contexto social que garantice los derechos, su simple proclamación teórica es "non-sin".

4.- El placer como fenómeno psicológico. Es un argumento muy usado en el ámbito del materialismo, pero también utilizado por algunos neofreudianos que consideran el placer como una cuestión fisiológica o psicológica, que podría ser también buscado con drogas o euforizantes varios. En general, sin embargo, se quiere poner de relieve que el utilitarismo es un reduccionismo. La idea de que quieren destacar estos críticos es que acciones como el robo o la mentira no son sólo malas porque agreguen dolor o disminuyan el placer, sino también para ellas mismas, con independencia de que, además, produzcan dolor.

BIBLIOGRAFIA

- José R. Ayllón, *“Ha de la Filosofía, ed., Ariel 2007.*
- Frederic Copleston, *Ha de la Filosofía, Vol., VII ed... Ariel 1981*
- G.S. Kirk, *“Los filósofos Presocráticos”, ed. Gredos 1981*
- Nicolas Abbagnano, *Ha de la Filosofía, ed. Hora 1996,*
- W.K.C. Guthrie, *Ha de la Filosofía, ed. Gredos, 1991.*
- *“Antología y Comentarios de textos, Alhambra 1982.*
- J, Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía, ed. Ariel, 1994*
- Giovanni Reale, *Ha de la Filosofía, ed. Herder, 2010*

TEXTOS DE LAS OBRAS DE MILL:

“El utilitarismo”.

“Sobre la libertad”.

AGRADECIMIENTOS:

Lourdes Gordillo Álvarez Valdez, por su trabajo sobre “la virtud en Mill”.

